

Traducción de la presentación del libro “Etnografía antigua del Ecuador”

Catherine Lara

MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

MISIÓN DEL SERVICIO GEOGRÁFICO DE LA ARMADA
PARA LA MEDIDA DE UN
ARCO DE MERIDIANO ECUATORIAL
EN AMÉRICA DEL SUR
BAJO EL CONTROL CIENTÍFICO DE LA ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
1899-1906

TOMO 6
ETNOGRAFÍA ANTIGUA DEL ECUADOR

PARÍS,
GAUTHIER-VILLARS, IMPRENTA LIBRERÍA DEL
« BUREAU DES LONGITUDES », DE LA ESCUELA POLITÉCNICA,
Quai des Grands-Augustins, 55.

1912

Primer Fascículo

EN MEMORIA
DE
E.-T. HAMY,
MIEMBRO DEL INSTITUTO Y DE
LA ACADEMIA
DE MEDICINA,
PROFESOR EN EL MUSEO DE
HISTORIA NATURAL,
FUNDADOR DEL MUSEO
ETNOGRÁFICO
DEL TROCADERO.

PREFACIO

Los primeros conquistadores que penetraron en las comarcas situadas al norte del Perú en 1531, las hallaron ocupadas por poblaciones sobre las cuales los cronistas de aquellas épocas no nos dejaron sino informaciones bastante vagas. No obstante, al recorrer los escritos antiguos, no es difícil convencerse de que las tribus indígenas del Ecuador estaban lejos de presentar una homogeneidad perfecta; diferían unas de otras por ciertos rasgos en las costumbres, la vestimenta, el tatuaje y sobre todo, por el idioma. Una buena cantidad de estas tribus había alcanzado un grado bastante avanzado de civilización, especialmente aquellas de las altas mesetas de la región interandina, que habían levantado extraordinarios edificios cuyas ruinas aún subsisten, y aquellas que vivían a lo largo de la costa.

Desde la conquista, miles de objetos antiguos fueron recuperados en

la República del Ecuador, especialmente en los valles situados a una gran altitud, entre las dos cordilleras que corren de norte a sur. Descritos por muchos autores, cuyos trabajos son citados en la presente obra, estos objetos permiten forjarse una idea bastante exacta de la industria, las costumbres y el estilo de vida de las poblaciones que habitaban el país antes de la llegada de Pizarro. Sin embargo, el tema no está resuelto, y cada día trae descubrimientos nuevos. Durante los cinco años que ha pasado en la región interandina en calidad de miembro de la Misión Geodésica Francesa, uno de nosotros ha podido juntar una colección etnográfica considerable, que resguarda una buena cantidad de piezas inéditas. A pesar de la importancia de esta colección, y de no haber pensado que la suma de los materiales a nuestra disposición nos permitiría llegar a conclusiones nuevas, hubiésemos dudado en consagrar un volumen entero a la etnografía antigua del Ecuador. Para lograrlo, empero, nos era preciso tratar el tópico en su conjunto, y tener en cuenta todos los documentos conocidos.

Los autores que se han interesado en la etnografía precolombina del Ecuador se esmeraron, en su mayoría, en describir los objetos elaborados por los antiguos habitantes del país. Algunos han proveído descripciones meticulosas al respecto; otros, al contrario, han sido muy sobrios a la hora de dar detalles y hasta han

reemplazado las descripciones por figuras, a menudo defectuosas, acompañadas por unas cuantas líneas explicativas. Muy pocos son aquellos que establecieron acercamientos sistemáticos entre algunos tipos de instrumentos ecuatorianos y objetos recuperados en las regiones circundantes. Estas comparaciones tenían no obstante un interés innegable, puesto que han proporcionado la prueba de las relaciones que existieron entre Perú y el Ecuador mucho antes de la invasión de este último país por los Incas.

En la actualidad, esta conclusión no nos satisface. En el volumen que consagraremos al estudio de los caracteres físicos de los indígenas precolombinos, mostraremos que las altas mesetas contaban con una población muy mezclada, en medio de la cual es posible distinguir elementos étnicos múltiples. Ahora bien: estos elementos vivían uno junto a otro, en condiciones más o menos idénticas. Es luego imposible atribuir las diferencias que presentan a la acción del medio. Si aceptamos que una de las razas se haya constituido *in situ*, hay que admitir entonces que las demás han adquirido sus caracteres distintivos en otra parte, y que han sido el objeto de migraciones con el fin de alcanzar la región en donde fueron encontradas por los conquistadores. ¿De dónde vinieron los inmigrantes? He aquí, ciertamente, un problema difícil de resolver, pero que quizás no sea insoluble si

se acude a las informaciones proporcionadas por las diversas ramas de la antropología, controlando su veracidad al confrontarlas unas con otras. La etnografía nos va a permitir establecer una primera base, que consolidaremos más tarde por medio de informaciones tomadas de la anatomía y la lingüística.

Antes de adentrarnos en el tema, no podíamos prescindir de esbozar a grandes rasgos la geografía física del Ecuador. A menudo, en efecto, la topografía de una región explica la distribución de las razas que se encuentran en ella, la ubicación de ciertos tipos, de ciertas industrias. Si las montañas, las quebradas, los desiertos y los ríos no representan, para el Hombre, obstáculos insuperables, no es menos cierto que, en sus migraciones, éste busca siempre las vías más transitables. El Ecuador, país extraordinariamente accidentado, no hace excepción a esta regla. A primera vista, uno se sentiría tentado de pensar que éste no es el caso, pues muchos se imaginan que las altas mesetas interandinas, en las que se encontraron tantas razas diversas, no pueden ser un camino favorable para los desplazamientos de estas tribus. Importaba luego mostrar que, lejos de formar una barrera que aisló al país del resto del Nuevo Mundo, la región comprendida entre las dos cordilleras andinas constituye, al contrario, una vía natural y relativamente fácil para los invasores que caminaban en el sentido del

meridiano. Desde las altas mesetas, les era fácil alcanzar poco a poco las tierras bajas y, en dirección del Oeste, llegar hasta el mar.

El estudio de los indígenas actuales y de su distribución geográfica puede sin duda proveer potencialmente algunos indicios sobre las relaciones que han existido antiguamente entre las tribus de la región costanera y aquellas del valle interandino; pero no podíamos quedarnos ahí. Algunas poblaciones han desaparecido desde la conquista, y estamos en pleno derecho de preguntarnos si la ocupación europea no ha modificado, de manera sensible, la realidad antigua. Por lo que hemos buscado, recurriendo a los viejos cronistas, reconstituir la situación de las tribus en la época del contacto. La tarea no era fácil, pues los autores no siempre están de acuerdo; nos fue preciso someter sus relatos al control de una crítica severa y tomar en cuenta los hallazgos y las observaciones recientes. Apoyándonos en las crónicas coetáneas a la conquista, en los trabajos de los historiadores, en la lingüística y en la toponimia, en la etnografía, hemos logrado establecer el listado de las tribus que vivían en la región de las altas mesetas, en la región costanera y en la región amazónica. Hemos asimismo podido delimitar de manera muy aproximada los territorios que ocupaban, y mostrar las diferencias o las afinidades que presentaban.

Si algunas comunidades eran relativamente poco avanzadas, fuera una gran equivocación –lo repetimos–, mirar a los antiguos habitantes del Ecuador como salvajes. Los caminos cuyos vestigios aún subsisten, los monumentos de la región interandina cuyas ruinas evidencian la importancia en épocas antiguas, y que no son todos obra de los Incas, muchos objetos elaborados por los Indígenas antiguos demuestran que la mayoría de las tribus había franqueado las primeras etapas de la civilización con mucha anterioridad. Con el propósito de dar una idea del grado de cultura de las más avanzadas de ellas, no hemos dudado en entrar en detalles circunstanciados respecto a las vías de comunicación y los edificios aludidos.

Debido a su diversidad, las sepulturas no ofrecían un interés menor para nosotros. Podían, en efecto, brindarnos valiosas informaciones, no solamente acerca de las costumbres funerarias de las diferentes tribus precolombinas, sino también sobre su área de dispersión.

La abundancia de objetos etnográficos juntados por uno de nosotros debía naturalmente incitarnos a reanudar el estudio, ya abordado por muchos autores, de las manifestaciones industriales y artísticas de los antiguos ecuatorianos. No nos hemos limitado, por cierto, al estudio de nuestras propias colecciones; hemos recurrido a los trabajos de nuestros predecesores. Hemos suce-

sivamente examinado las múltiples armas, instrumentos, utensilios domésticos, componentes de atuendos o ceremoniales que los artesanos de antaño extraían de la piedra, la madera, el cuerno, el hueso, la concha, el metal o la arcilla. Creemos haber demostrado que existía antiguamente zonas industriales con características propias bastante precisas, cuyos límites hemos tratado de trazar.

A pesar de la extensión que hemos dado a esta parte de nuestro trabajo, hemos evitado entrar en fastidiosos detalles respecto a piezas ya suficientemente conocidas. A menudo inclusive, nos ha parecido superfluo extendernos largamente acerca de las particularidades que presentan algunos objetos inéditos, cuando nuestras figuras y nuestras láminas –todas realizadas por medio de fotografías–, son más elocuentes que una árida descripción.

En cambio, nos ha parecido de un muy alto interés comparar nuestros objetos ecuatorianos con objetos similares descubiertos en otras comarcas. Podíamos así llegar a ubicarnos en la huella de migraciones antiguas y hasta ese momento insospechadas, y que permiten comprender la diversidad de tipos étnicos antiguamente existentes en el país, antes de la llegada de los europeos. Hemos dicho que unos cuantos autores nos habían precedido en este camino, pero que se habían limitado a las regiones circundantes. Hemos ido mucho más allá, y no hemos

tenido miedo de extender nuestras investigaciones a todo el Nuevo Mundo. En nuestro criterio, no ha llegado la hora de ir a buscar términos comparativos fuera de América, y hemos juzgado inútil emprender semejante trabajo, que no podía sino enmarañar el tema antes que aclararlo. En efecto, si es aceptable que unos cuantos elementos étnicos hayan llegado antiguamente al nuevo continente desde el antiguo, éstos seguramente no han desempeñado, en el país que nos interesa, un papel sino muy tenue, quizás inexistente. A lo mucho, se puede aceptar que unos cuantos elementos asiáticos hayan sido llevados por las corrientes, primero hacia la costa occidental de América del Norte, y luego en dirección del Sur.

Para llevar a buen término la tarea que nos habíamos impuesto a nosotros mismos, era preciso disponer de ricas colecciones y ricas bibliotecas. El Museo de Etnografía del Trocadero nos ha proporcionado valiosas piezas comparativas y, en el Museo de Saint-Germain-en-Laye, hemos encontrado también unos cuantos objetos interesantes¹.

El sabio americanista de Berlín, el señor Seler, nos ha ayudado al enviarnos moldes, fotografías e informaciones que nos han sido de suma utilidad. El señor Alfred de Loë, conservador de los Museos del Cincuentenario, en Bruselas, nos ha asimismo ofrecido el molde de un objeto muy raro; otros parecidos han sido

encontrados a más de 20° hacia el Sur. Dirigimos a estos dos sabios la expresión de nuestra gratitud.

Las numerosas citas que constelan nuestro texto y el índice bibliográfico que figura al final de la obra demostrarán al lector que hemos tomado mucho en cuenta las observaciones realizadas por los autores antiguos y modernos. Nos hemos impuesto como regla el no hacer citas de segunda mano, y el referirnos incesantemente a las fuentes. Nuestras bibliotecas públicas y unas cuantas bibliotecas privadas nos han permitido consagrarnos a estas investigaciones fastidiosas, pero que hemos juzgado indispensables.

En base a nuestras largas investigaciones, nos consideramos en derecho de sacar conclusiones que, muy a menudo, están en contradicción con las ideas comúnmente aceptadas. Estamos convencidos, por ejemplo, de que el Ecuador ha dado quizás más préstamos al Perú que el Perú al Ecuador. Consideramos que los antiguos ecuatorianos estuvieron bajo la influencia más o menos marcada de poblaciones a veces asentadas a distancias considerables. Para nosotros, no cabe duda que nuestros

indígenas han tenido antiguamente relaciones con tribus del Amazonas, de América Central e incluso de América del Norte. El lector apreciará el valor de nuestros argumentos. Reconocerá, —confiamos plenamente en ello—, que no hemos razonado basándonos en *a priori*, y que todas nuestras deducciones se apoyan en hechos comprobados. Quizás hayamos exagerado su importancia o los hayamos mal interpretados; el futuro lo dirá. Pero los hechos quedarán, y nos consideraremos recompensados de nuestros esfuerzos si los especialistas juzgan que, agrupándolos, comentándolos, no habremos hecho un trabajo inútil.

Nos queda un deber por cumplir al terminar este prefacio: aquel de expresar nuestro especial reconocimiento al señor Jules Hébert, inspector del Museo Etnográfico del Trocadero. Vinculado a este Museo desde su fundación, él ha sido, por así decirlo, su clavija maestra. Su profundo conocimiento de las colecciones etnográficas del Trocadero le permitía facilitarnos la búsqueda de piezas comparativas, y los consejos que su larga experiencia le sugería nos fueron de lo más provechosos.

1 Así como hemos procurado —para permitir al lector referirse a las fuentes sin dudas— indicar de una manera muy precisa las obras que hemos consultado, hemos considerado útil especificar las entidades que nos han prestado documentos.

Para las referencias bibliográficas, nos hemos conformado con la costumbre adoptada hoy por muchos autores, quienes remiten la lista de obras citadas al final del volumen. Los números arábigos que están impresos entre paréntesis en negritas dentro del texto y en las notas, indican el número que lleva, —en nuestra lista—, cada una de las obras a las que nos referimos; los números romanos, que vienen en ocasiones a continuación, indican el tomo, y los pequeños números arábigos, la paginación.

En cuanto a las instituciones a las que pertenecen algunos de los objetos estudiados, están designadas por abreviaciones, ubicadas asimismo entre paréntesis: Tr. significa Museo de Etnografía del Trocadero, y St.-G., Museo de las Antigüedades Nacionales de Saint-Germain-en-Laye.

Desde un principio, nos ha brindado su más entera colaboración, y nos hubiéramos regocijado de asociar su nombre a los nuestros, de no ser por la enfermedad que nos privó de su valiosa colaboración².

R. VERNEAU P. RIVET

Considero como un deber agregar, a título personal, unas cuantas palabras a las líneas que anteceden.

He aceptado con mucho gusto colaborar a la presente obra, porque la etnografía precolombina de Suramérica me interesa particularmente, y porque he dedicado ya un volumen a los antiguos Patagones y a su industria. Se me presentaba la oportunidad de comprobar si algunas ideas que he expuesto en diversas ocasiones en mis clases o en mis conferencias acerca de los grandes movimientos poblaciones en el Nuevo Mundo, se veían confirmadas por los descubrimientos hechos en el Ecuador.

Por otro lado, no me podía ser sino agradable colaborar con el Dr. Paul Rivet, quien tan bien ha estudiado la región ecuatoriana y del cual he podido apreciar, en el transcurso de estos últimos cinco años, la actividad, el conocimiento y el espíritu metódico. Tenía la plena seguridad, de antemano, que no surgiría entre nosotros ninguna divergencia de pareceres, y, en efecto, el acuerdo

fue total en todos los aspectos, de tal manera que las conclusiones reflejan exactamente las ideas de cada uno de los autores.

No obstante, si, en cierta medida, la obra nos es común, debo declarar, –en honor a la verdad–, que la parte del trabajo correspondiente al Dr. Rivet, es infinitamente más considerable que la mía. El lector verá que toda la primera parte está redactada únicamente en base a las observaciones que él ha hecho *in situ*. Asimismo, él ha llevado a cabo solo las pacientes investigaciones bibliográficas requeridas por nuestro tema. Si acaso nuestra obra recibiera alguna acogida favorable por parte de los etnógrafos, éstos no deberán olvidar que el mérito recae esencialmente en el Dr. Rivet.

R.V.

² En el momento en que íbamos a remitir la orden de impresión de las primeras páginas de nuestro trabajo, Jules Hébert sucumbió a la enfermedad que lo acechaba desde hacía mucho tiempo. Su fallecimiento será sumamente lamentado por todos los etnógrafos, franceses y extranjeros, quienes habían tenido la oportunidad de apreciar su conocimiento, su modestia y su gran amabilidad.